

LA PARABOLA DEL RICO INSENSATO

“Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor? Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.” (Lucas 12:13-21)

EL QUE HACE PARA SI TESORO

(Lección 11)



“Haceos bolsas que no se envejeczan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Lucas 12:33,34). Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús a su “rebañito” en presencia de una multitud. Son paralelas a las palabras más conocidas, dadas en Mateo, del Sermón del Monte (Mateo 6:19-21), y forman la conclusión de su discurso especial sobre el tema de las posesiones materiales. Es correcto hablar de ellos como un “discurso especial,” porque probablemente no hubiera sido presentado a esa audiencia si no hubiera sido por un incidente poco común. Ese incidente proveyó la ocasión para el cuento de Jesús conocido como la Parábola del rico insensato.

Una advertencia en contra de la codicia

Mientras Jesús hablaba con sus discípulos, un hombre le habló diciendo: “Maestro, di a mi hermano que divida la herencia conmigo.” Jesús había estado hablando de las verdades esenciales, de la Providencia Divina, de la confesión, y del Espíritu Santo, así que la demanda del hombre interrumpió el pensamiento de Jesús y no fue aceptable. Tal interrupción dejó ver que no se preocupaba de lo espiritual, sino que su corazón y vida entera estaban concentrados en la vida material. A este individuo, disgustado, Jesús dijo: “Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?” Fue una pregunta brusca con una

negativa franca a meterse en una pelea familiar sobre propiedades. La ley judía era específica en cuanto a tales asuntos. La ley decía que el hijo primogénito había de recibir una doble porción (dos tercios) de la herencia, y lo demás para dividirse entre los otros hijos (Deuteronomio 21:15-17). Esta es una vieja ley que no permitía debate. El hombre que habló con Jesús, obviamente, era hijo menor. Pensó que tal vez podía conseguir que el Maestro galileo se pusiera de acuerdo con él para recibir una parte igual de la herencia. El conocía la ley, pero era codicioso y quería más de lo debido.

Lo que sigue es la aseverancia más severa de toda la Biblia contra la codicia. “Mirad,” dijo Jesús, “Guardaos de toda clase de avaricia.” La amonestación, como se ve clarito en el texto griego, está en contra de la codicia en cualquier y en toda forma. Pero ¿qué es la codicia? No es simplemente un deseo de poseer. Una ilustración simple puede ayudar a contestar esta pregunta. Aquí hay un individuo que tiene un deseo excesivo, no restringido, por la comida. Se puede decir de él que “codicia la comida.” Igual que algunos son codiciosos por la comida, otros lo son por la ganancia. La ambición suya es egoísta, de tener más y más; no se satisfacen nunca con lo que ya tienen. Y esto es exactamente lo que es la codicia—es una avaricia, un deseo excesivo o desenfrenado por la ganancia.

Después de hacer la amonestación contra la codicia, Jesús anuncia la razón de la advertencia: “Porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” Esta es una manera de interpretar una frase muy difícil. Una versión moderna dice: “Porque la vida no depende del poseer muchas cosas” (versión popular). Expresándolo de otra manera, Jesús está destacando, precisamente, que la vida es más que las cosas, que el éxito del trabajo de un hombre no se puede medir en términos de lo que haya podido acumular.

La amonestación ilustrada

Sigue Jesús con un cuento de un hombre rico para ilustrar lo que quería decir. Había un hombre quien por muchos años había estado ganando mucha plata. Un año tuvo una cosecha grande, y no sabía qué hacer con todo el grano. Decidió resolver el problema con derribar sus graneros ya amplios y reedificar unos más grandes. Entonces, pensó que ninguna hambre ni crisis le podrían afectar; podría descansar y gozarse por muchos años en el futuro. Pero Dios le dijo que esa misma noche iba a morir, y así se frustraron todos sus planes para siempre.

Si la Parábola del buen samaritano es la más práctica de todas las parábolas, la Parábola del rico insensato es la más necesaria. Las evidencias de la codicia están a cada lado. Mientras el adulterio, la borrachera, y la deshonestidad todavía no son aceptables, la codicia es

muy común en la sociedad moderna, y nadie dice nada. Aún entre los profesados cristianos es tan común que casi no se la reconoce por lo que es —un pecado mortal. La atmósfera mundana ha penetrado tanto en la iglesia que ha puesto en peligro la vida misma de ésta. Los miembros, individualmente, están tan interesados en sus propios beneficios que es poco el tiempo y la energía que les quedan para el Señor. ¡Cómo necesitamos que las enseñanzas de Jesús lleguen a nuestros corazones! Aquí había un hombre que aparentemente gozaba de gran éxito, pero Dios le llamó necio. ¿Qué andaba mal en su vida? ¿Cómo perdió el camino? ¿En qué sentido se portó como necio? Este hombre era necio por las cosas de las cuales se había olvidado.

1. Se olvidó de otros. La primera cosa que resalta en la narración es que el hombre no pensó en nadie más que sólo en él mismo. Su monólogo se da en pocas palabras. Doce veces se refiere a sí mismo. Leemos tristemente: “¿Qué haré porque no tengo dónde guardar mis frutos? Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma...” A uno le da la impresión definitiva que estos planes fueron formulados por sí y para sí. El rico nunca pensó en los demás. Ni una vez se acordó de los que labraron para él al plantar o al cosechar. Mientras decía entre sí: “¿Qué haré, porque no tengo dónde poner mi cosecha?”, posiblemente un vecino, frente a su terreno, estuviera diciendo: “¿Qué haré, porque no tengo pan para mis hijos?” Si el hombre rico no tenía suficientes graneros, había otros lugares en donde podría haber metido su grano. Como Ambrosio lo haya expresado: “Tú tienes graneros —sustento de los necesitados, las casas de las viudas, las bocas de los huérfanos y de los infantes.” Pero el rico no pensó en esos graneros, porque en su pequeño mundo no había lugar para nadie más que para él.
2. Se olvidó de que un hombre es más que lo que posee. El rico pensaba en la vida solamente en términos de cosas físicas. Es aquí en donde hizo una trágica equivocación: no distinguió entre lo que tiene un hombre y lo que es un hombre. Ciertamente, no es siempre fácil hacer una distinción definitiva. Muchos de nosotros, que hemos tenido la bendición del entrenamiento cristiano, todavía consideramos afortunado a un hombre si goza de muchos años de prosperidad. En contraste, la Escritura dice: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!” (Marcos 10:23). “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1ª Timoteo 6:9,10). “A los ricos de este siglo mando que no sean altivos, ni pongan la

esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (1ª Timoteo 6:17-19). La base del inventario de la vida de un hombre no es igual como la de su negocio. Así que es más importante ser rico en buenas obras que ser rico en bienes.

3. Se olvidó de la fuente de la felicidad verdadera. Como el rico tenía un mal entendimiento de la vida, también tenía un mal entendimiento de la felicidad. Pensó que sería feliz al comer y beber y entregarse a esos placeres. Había otro hombre, éste del Antiguo Testamento, que hizo el mismo intento inútil. Escribió el Libro de Eclesiastés, y cuenta de su búsqueda de la felicidad. “Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino...con retención de la necedad, hasta ver cual fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocupan debajo del cielo todos los días de su vida. Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas; me hice huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa; también tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres. ..No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno” (Eclesiastés 2:3-10). Pero aún después de hacer todas estas cosas y de medir su valor, se sentó a escribir en cuanto a su torbellino de fortuna y diversión: “Todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol” (verso 11). Llegó a la realización, como un sinnúmero de otras personas desde entonces, que la felicidad no se encuentra en las cosas. El dinero puede comprar mucho, pero no puede comprar ni el sentirse útil, ni una conciencia limpia, ni una mente tranquila para con Dios y el hombre. Estas son las riquezas verdaderas, sin las cuales ningún hombre puede ser realmente feliz.

3. Se olvidó de Dios. El peor disparate del hombre rico fue el no tomar en cuenta a Dios. No había nada de malo en su decisión de derribar sus graneros y edificar unos más grandes. Un buen agricultor tiene que pensar bien y hacer planes para el futuro. Pero su fatal equivocación estaba en que en ninguno de sus planes hechos había dedicado ni el menor pensamiento a Dios. La caída ordinaria de muchos creyentes es por olvidarse de Dios al hacer sus planes. Por eso escribió Santiago: “¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos .allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es

vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello” (Santiago 4:13-15). Sean lo que fueren nuestros planes para el porvenir, acordémonos de que el factor más grande de todos es Dios. Si lo dejamos fuera de nuestros planes, seguramente nos vendrá la ruina.

4. Se olvidó de la muerte. El hombre rico pensó que iba a tener larga vida. Hizo sus planes para “muchos años”, sin embargo sólo le quedaba un día. Nosotros también nos engañamos al pensar que todavía nos queda mucho tiempo. Nos atenemos al mañana sin saber si vendrá o no vendrá ese mañana. Como alguien ha dicho: el diablo ya no dice al hombre “No morirás,” sino “No morirás tan pronto.” Un proverbio árabe dice “La muerte es un camello negro el cual se arrodilla a las puertas de todos.” La Biblia dice:

“Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira,
Acabamos nuestros años como un pensamiento.
Los días de nuestra edad son setenta años;
Y si en los más robustos son ochenta años,
Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo,
Porque pronto pasan, y volamos.” (Salmo 90:9,10)

En el colmo de su prosperidad y autosatisfacción, Dios apareció al hombre rico y le pidió la vida. ¿Cuánto dejó atrás? Todo lo que tenía. ¡Cuán necio fue trabajar toda la vida luchando por las cosas que tendría que dejar atrás, descuidándose de los valores verdaderos, los cuales podría haberse llevado! Tenía buen título en la tierra, pero no tenía ni contrato ni título en el cielo. Una noche su alma se desató de todo —su riqueza y su bienestar y su intemperancia— y se fue como mendigo hambriento a la presencia de Dios. “Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.”

PRE GUNTAS

1. Describir la ocasión de la Parábola del rico insensato. ¿Qué fue lo malo del hermano que deseaba parte igual en la herencia? ¿Qué era la ley judía en cuanto a la herencia?
2. ¿Qué es la codicia? (Decir lo que no es y después lo que es.) Dar algunas razones por las que la codicia es una amenaza a los cristianos hoy en día.
3. Jesús dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre.” ¿Cómo asocia este dicho con la Parábola del rico insensato?
4. Comentar este dicho: “La base del inventario de la vida de un hombre no es igual a la de su negocio.”
5. ¿Cómo es verdad que una filosofía falsa de la vida resulta en una concepción falsa de la felicidad?

